



LARA

LA MUJER EN NUESTRO MUNDO

I-ASI ES EN LA VIDA ESPAÑOLA

POR EUGENIA SERRANO

PARCE que han pasado los tiempos en que la condesa de Pardo Bazán se lamentaba, y con razón, de que las mujeres en España sólo podían aspirar a dos funciones públicas y de competencia con el varón: la de estancuera y la de reina regente.

Si la ilustre novelista levantara la cabeza desde su efígie, en la que no sabemos por qué la han puesto cabizbaja, de la madrileña calle de Princesa, vería a dos pasos de ella, transcurrir a las muchachas que niegan diariamente, en la vida española, la verdad amarga del aserto feminista. Muchachas que vuelven por esa calle de Princesa, de sus clases de la Ciudad Universitaria, de asistir a distintas Facultades, donde acaso algún día ellas—como hoy Josefina Romo—explicarán sus cursos a nuevas generaciones de estudiantes. O, como la simpática ingeniero agrónomo—nos resistimos a decir ingeniera, como nos resistimos a decir dentista—, en el Laboratorio de la Escuela Especial vigilarán y estudiarán el crecimiento de la flora que luego ha de ser campo y monte español.

Esta actitud de asistir a las aulas universitarias está siendo, en ciertas disciplinas, más apta para señoritas que para varones. La Facultad de Filosofía y Letras ha sido tomada en pacífico asalto por las mujeres. Sólo un 15 por 100 de la matrícula es masculino. Todavía, en los tiempos en que don José Ortega y don Xavier Zubiri explicaban, parecía que en la Facultad de Letras la Filosofía se había librado de la invasión femenina. No había más que una sola criatura, un poco fea la pobre, que había conseguido pasar, con graves esfuerzos, las terribles sirtes de los exámenes. Y no era don Manuel García Morente el que menos execraba, con ademanes poco más amables que los de Sócrates con Xantipa, la presencia de las faldas en las clases metafísicas.

Han pasado sólo quince años; las estudiantes se licencian hoy tanto en Historias como en Filosofía. Y en Historia, antes se licenciaban casi todas. Ciertamente en el curso que el señor Zubiri da en los salones de la Unión y el Fénix, la matrícula está exclusivamente limitada a los hombres. Pero en compensación, en el Instituto de Humanidades, a las conferencias de Ortega asiste un elevado contingente de damas, mayor aún que el de caballeros.

La Real Academia sigue, como los cursos del filósofo Zubiri, hostil hacia Eva, cerrada herméticamente. Pero no se tome esto como persistencia en la envidiosa rivalidad de sexos que cerró las puertas a doña Emilia Pardo Bazán. Sino como simple medida preventiva. El caso de la Facultad de Letras, literal y realmente ocupada por mujeres, sirve de aviso y escarmiento a los respetables académicos.

La Facultad de Farmacia hace ya dos generaciones que es feudo femenino, como lo es la Normal de Magisterio. Eva española trabaja en muchos sitios casi con exclusividad. En algunos con perjuicio para ella misma. Hoy—lo mismo sucede en todas las partes del mundo—la muchacha que no estudia una carrera, si pertenece a la clase media humilde, o a la obrera con pretensiones, se prepara para mecanógrafa. La Underwood y los ganchos de la taquigrafía ejercen sobre la juventud femenina y modesta verdadera y reptilica fascinación. Porque, normalmente, si Eva es inteligente gana más como modista, tejedora, lencera—labores llamadas, no sé por qué, propias de su sexo, puesto que hay modistos, camiseros, etc.—que como secretaria. Carrera de escaso porvenir y sin más salida brillante que el matrimonio con el jefe. Plaza para la que suele haber siempre exceso de candidatas.

De todos modos, las extranjeras y las hispanoamericanas que acuden a España, afirman, con verdadera conmiseración hacia sus hermanas de sexo, que éste es «un país de hombres». Y que la vida no da tantas oportunidades a la mujer española como al varón. Aun en igualdad de condiciones y méritos. Y aquí viene lo de la herencia árabe...

No será yo quien contradiga estas palabras y conceptos que oí—entre otras—a la boliviana Yolanda Bedregal. Más bien haría coro con ellas. Pues, como mujer, sueño con el paraíso yanqui, donde el marido, después de llegar a casa, cansado de trabajar para su mujer, y de cenar la lata de conservas que la solicitud conyugal le ha colocado junto al abrelatas, sobre la mesa, se enjareta un favorecedor delantalito y friega los platos.

No, aquí no hemos llegado aún a esto, lamentablemente. Adán de España se defiende del fregadero y defiende ciertos puestos suyos. No tenemos entrada de derecho y hecho en la carrera diplomática, ni en el Cuerpo de Abogados del Estado, ni—esto solo ya de hecho, sin legislar, como un compromiso tácito—en las cátedras numerarias de Facultades.

Sin embargo... todo se andará. Pasaron ya los tiempos en que doña María Goyri—su nombre de casada es Menéndez Pidal—era encerrada entre clase y clase y se la colocaba en la tarima del profesor, junto a la cátedra. Doña María Goyri se dedica hoy a la erudición. Y ya no se hacen intervenciones a las que, como Pilar Careaga, resultan ingenieros, o, como la señorita Salaverría, diplomáticos. Una conoce economistas—Beatriz Urcola—y procuradoras, por cierto con buena oficina, y sabe que la viuda de Julio Ruiz de Alda, ha dirigido—hasta hace muy poco—, en su calidad de doctora, un Hospital del Estado. Y en los escaños de las Cortes se sienta Pilar Primo de Rivera. Y en ciertas reuniones políticas, doña Carmen de Icaza interviene como Secretaria Nacional de Auxilio Social.

En este país de hombres la mujer, suave y tenazmente, va entrando en todos los campos. Los invadirá, siguiendo su destino histórico, similar al de todas las mujeres del mundo. Y si hay alguna vacilación, si algo—o muchos—no se han invadido aún, se debe, más que a defensiva hostilidad del varón, al antifeminismo de muchos padres de familia que siguen pensando que la mejor carrera de la mujer es el matrimonio. La herencia árabe que acusaba en España la poetisa Yolanda Bedregal resalta más en nosotras que en ellos. Aun no hemos tomado partido del todo por ese duro medio de emancipación de la esclavitud que es el trabajo. El día que nos decidamos, piénsese en lo que fué y lo que es la Facultad de Letras...

Lo que tiene más solera y más adeptas entre nosotras es la literatura en sus diversas manifestaciones. Los nombres de Santa Teresa, Emilia Pardo Bazán y Gabriela Mistral no se nos caen de la boca. Y, si queremos demostrar nuestra antigüedad en afición, las monjas Etheria y Rostwita, vendrán a nuestra memoria. Pero en ningún siglo ni época creo que hubiera tantas escritoras, poetisas y pintoras como hoy.

Los poetas españoles son muchísimos. Y si hemos de hacer caso de las frases de José María de Cossío—la que otros aplican a los vinos—, se dividen en buenos y mejores. Bien, esta abundante cosecha lírica tiene su reflejo entre las mujeres. O es un movimiento original.

Cada día hay más poetisas. Matemáticamente, en progresión aritmética, en las veladas del Ateneo, en la biblioteca, en las escaleras se encuentran más poetisas. A cada hora.

Carmen Conde, que hace una antología de ellas—en estas mismas páginas—, se verá apurada para seleccionar. Porque entre tantas es difícil no olvidar alguna. Nosotros recordaremos a Alfonsa de la Torre, segoviana, universitaria, de gran perfección clásica y perfecto dominio de la forma, a Josefina Romo, a Clemencia Laborda, a la recién galardonada Juana García Noreña, que ha cambiado su auténtico nombre de Angelines Borbolla por ese afortunado seudónimo. A Lola Catarineu, siempre delicada y feminísima en su poesía, a la recia Angela Bruguera, a Ana Inés Bonnin, las hermanas Robles, Gracián Quijano, María Alfaro... Pero imposible cerrar el manantial de la poesía femenina, e imposible contar a todas las poetisas como imposible es contar a todos los poetas.

Valorarlas, según su calidad, no sería tampoco factible. Primero, porque estamos muy cerca, porque los árboles no dejan ver el bosque, porque en caliente y viviente y en algo tan alambicado como la poesía, es muy difícil aquilatar. Y porque lo que conseguiríamos no sería establecer jerarquías—nos falta autoridad para ello y pocos la tienen—sino que todas se enfadarán con nosotros. Y a lo mejor con razón.

¿Si se podrán señalar escuelas e influencias! Juan Ramón Jiménez, Lorca, Neruda, Aleixandre, Miguel Hernández y, bastante, Baudelaire, y poesía medieval en las universitarias. Pero esto no quiere decir nada. Porque las mismas influencias se sienten en los poetas varones. Sólo la exclusión del sobrio Antonio Machado, es general en la poesía femenina. Todas le aman, mas ninguna le sigue. Podía explicarse esto diciendo que la mujer suele ser naturalmente barroca.

Un poeta español, Luis Rosales, presentando un día a una poetisa, sobre la que sin duda no quería decir cosas concretas, mencionó la inmensa tristeza, nota característica que la mujer aporta a la poesía. Al principio, esta diferenciación convence. Pero Josefina Romo nos hizo observar que también la poesía masculina es triste. ¿Puede haber mayor melancolía que la expresada por Antonio Machado? En substancia, que poesía es tristeza.

Tampoco nos vale la nota amorosa para unificar a las poetisas españolas—cualesquiera que sea su valor—. Burlonamente, y nosotros mismos hemos señalado ese defecto, se quita quilates al verbo poético femenino. Porque en él todo es amor. Como el noventa y cinco por ciento de los grandes poetas son también elegíacos y amorosos. Sólo que en la mujer este desbordar de la intimidad erótica sorprende y resalta más.

Una nota curiosa, y esa sí, real, en las poetisas españolas. Ellas, con más valentía que los hombres, están acabando el mito de la poesía, algo de juventud. Son muchas las damas que con los cabellos grises, o en sazón de estarlo, hacen discreta poesía. Y no temen a recitarla. La extremada juventud y calidad de obra de un Alberti o un Miguel Hernández, no se da entre nosotras. La más joven de las poetisas, Juana García Noreña, tiene ya veinticuatro años.

Esto es una prueba de buen gusto de nuestras mujeres. Y de saber lo que son los valores reales de la inteligencia. El maduro corazón de Antonio Machado no dió sus más dulces y trascendentes frutos hasta que el poeta peinó canas. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo entre nosotras?

Ya nadie discute sobre los géneros. Primero, porque es difícilísimo delimitarlos; segundo, porque el escritor, que empieza a tener conciencia de sus derechos, se niega a dejarse encajonar en el callejón sin salida de las especialidades—el ideal de todo escritor es poder hacer lo que hizo Gide, escribir lo que quería—; tercero, porque el periodismo impreso, o radiado, tienta demasiado, por su mayor difusión y retribución económica a todo escritor... Y baste de razones porque no hay papel para ellas...

Lo mismo que hacen los hombres que escriben, escribir de todo, y en todas las maneras y límites, lo hacen también las mujeres. De la misma manera que Camilo José Cela—al decir de sus enemigos y rivales—se desperdiga en artículos, Carmen Laforet, después de *Nada*—la más leída novela de los últimos diez años—nos hace esperar, a veces con impaciencia, entre artículos y cuentos un segundo libro. Me dirán los antifeministas—que es lo que suelen ser todos los hombres que no tienen cosa que hacer más importante—, y también el propio Cela, que el autor de *Pascual Duarte* ha aumentado los títulos lanzados hasta cerca de la docena, mientras que la señora Laforet sigue siendo autora de una sola novela. Y así plantean una realidad fastidiosa. La menor capacidad de trabajo de la mujer que del hombre. Biológicamente es así. Y dada las especiales condiciones de la vida del escritor—y de la escritora—, la obra de ésta será siempre menor en tamaño. Mas lo que importa es la calidad, no el peso.

Carmen Laforet novelista, el fenómeno más actual, debía haber ido precedida en estas líneas, por Concha Espina. Doña Concha es ya una institución en las letras españolas, pero una institución que—en justicia no sabemos por qué—aun no ha conmovido a la Real Academia Española. Desligada algo del gusto de la generación actual que escribe, sigue siendo respetada.

Elena Quiroga, flamante premio Nadal, Eulalia Galvarriato, Rosa María Cajal, Mercedes Fórmica-Corsi, Florentina del Mar, Elisabeth Mulder, Ana María Matute, Eugenia Serrano..., y es imposible acotar a las mujeres que han escrito novelas de manera exhaustiva. Y es de justicia añadir a esos nombres el de Carmen de Icaza, la verdaderamente popular de todas. La de ediciones de muchos millares. Aunque a las universitarias—en gustos y formación—nos pese. Un nombre acaso poco conocido, pero sorprendente hasta la excelencia, es el de Felicidad Blanch, cuentista extraordinaria.

Y luego, buceando temas diversos, rondando la erudición o la política, en las revistas de minorías o de especialidades, muchos más nombres, algunos muy acreditados. María Josefa Canellada, Dolores Franco, Carmen Martín de la Escalera...

Y el periodismo, con una simpática veterana, Josefina Carabias... Secretaria de redacción de «Informaciones», de Madrid. Y en San Sebastián, María Mayor Elizalde es también otra periodista, secretaria de redacción del diario «Unidad», y Josefina de la Maza, Sofía Morales, Consuelo Gil de Franco; Esperanza Ruiz Crespo, Aurora Mateos, Inés de Lara, Manuela Martínez Romero... Posibilidades profesionales de la mujer que escribe... en España, país de hombres.

Porque al periodismo, igual que se asoman todos—Ortega y Baroja hicieron periodismo—

también se asoman todas. Unas, de manera declarada; otras, con el antifaz de un seudónimo. Y es que en la actualidad, en España y en el mundo, a la escritora se le plantean los mismos problemas profesionales que al escritor. No se oye hablar con desdén del periodismo más que a quien ha escrito artículos aburridos e incolocables y libros de doscientos lectores.

Los nombres femeninos que se ven en las páginas de la Prensa española son muchos; unos más constantes que otros. De los más importantes es el de Marichu de la Mora, directora de una revista. Ejemplo brillante del periodismo femenino en cargos directivos. Porque las revistas que dirige Marichu son siempre de éxito económico, el más difícil y el que prueba la verdadera eficiencia de una dirección.

A la literatura teatral se asoman también las mujeres. Hemos de consignar que acaso con menos éxito que los hombres. Pero no por razones de calidad, pues malas comedias se dan en todas partes. Sino por la menor concurrencia. El género de vida social que ha de hacer el escritor dramático, emparejado con la larga jornada de trabajo de los actores. El trasnochar de los saloncillos, la vida entre bastidores, noviciado implacable que ha de seguir todo autor novel, es duro para la constitución biológica femenina. Este, y no otro motivo, es que el teatro se halle desasistido, en apariencia, de las autoras. Un problema social, no literario. Porque lo mismo que sus compañeros varones, las escritoras tienen su comedia, o comedias, bajo el brazo.

Las artes plásticas, con su indudable esfuerzo físico, parece que atraían menos a las españolas. Pero podemos decir atraían. Porque así como las personalidades de Margarita San-Jordi, Angeles Santos, Rosario Velasco, Margarita Frau, Delhy Tejero, madre Legissima—revelación pictórica de la postguerra—, Julia Minguillón, eran lo excepcional del mundo de las Bellas Artes y lo contado, hoy sería imposible registrar todos los nombres merecedores de ello. En la última nacional de Bellas Artes han sido muchísimas las escultoras y pintoras que se han presentado. Algunas han llevado medalla. Y se ha notado en todas una noble probidad, afán de plantearse problemas de composición y de resolverlos arriesgadamente. Gran honradez, cierta energía y, sobre todo, el buscar un camino propio a la pintura, saliéndose del academicismo que devora a los maestros que fueron. Sin temor a exagerar, se puede decir que lo más decidido y juvenil de la exposición nacional estaba representada por mujeres. Ellas han tenido la valentía y la humildad de presentarse. De no desasistir, como están haciendo los pintores jóvenes y buenos.

No es arriesgado predecir que está granando en España una generación magnífica de jóvenes pintoras, que se han asomado hace poco por las algo entelarañadas ventanas de nuestro viejo Certamen Nacional.

La Música parece que tiene menos representantes entre nosotras. Por tanto, señalar a la compositora San Salvador y a la estupenda crítica Juanita Espinós solo podemos.

En suma, son muchas las mujeres que trabajan en España. Y en el ejercicio de las letras y las artes muchísimas. Es necesario que haya todos estos muchos para que de ellos se puedan escoger, al paso de los años, varios nombres femeninos que queden en la Historia de la Cultura.

El fenómeno que está sucediendo en la Facultad de Letras—en todas las Facultades del mundo—hace pensar a algunos intelectuales si no caminaremos hacia una época de matriarcado. Aunque esto parezca una traición al espíritu gremial del sexo, la que esto escribe desea que en España tarde mucho en suceder semejante fenómeno. El día que aburridamente suceda, la fuerte, cruel y originalísima raza española habrá perdido su mayor interés. La aguda y celosa diferenciación que nos separa el mundo femenino del masculino y que hace interesante el uno para el otro.



LA MUJER EN NUESTRO MUNDO

II - ASI ES EN LA VIDA HISPANOAMERICANA

POR MARIA ELENA RAMOS MEJIA

EL RETRATO QUE HAY EN TODAS LAS CASAS.—Si usted entra en cualquier casa de nuestra América encontrará en el salón, en el mejor sitio colocado, el retrato de una señora. Es la antepasada. La mujer hispanoamericana antigua, de la que las actuales son continuación en el tiempo. El pasado de nuestros países es, desde luego, diferente al de Europa. Europa es una cultura y una historia. Sobre estas dos bases los europeos se sienten como tales y pueden sus hombres de ideas, y a decir verdad lo hacen con frecuencia, escribir y meditar sobre lo que es Europa. ¿E Hispanoamérica?, preguntamos nosotros. Historia sí, y cultura también, pero en formación, todavía naciente, haciéndose en despliegue vivo, que aun no admite conceptos. El americano, y la americana, por lo tanto, se preocupa de sus antepasados, que son su historia privada y directa.

Hay un excelente libro argentino que ilumina y explica todo esto. Me refiero al del escritor Manuel Mújica Láinez, titulado: *Aquí vivieron*.

AMÉRICA, UN LARGO VIAJE EN EL TIEMPO.—No crean ustedes que vamos a hablar de otra cosa. El libro de Mújica es eso. El autor toma un pedazo de la tierra argentina, y sin moverse de ella va progresivamente por los siglos, en una atrevida expedición, a la reconquista del tiempo. Es una manera de hacer historia, una forma de presentar vívidamente el pretérito. El relato comienza en 1583 y termina en 1924. No voy a contar las distintas muestras de seres que viven y mueren en tal trozo de terreno. Pero sí decir la impresión que deja: América naciendo y en formación es como un largo viaje a través del tiempo. Y este viaje los hombres de América no lo han hecho solos. La mujer ha estado junto a ellos en todas las jornadas fatigosas de creación, luchas, fundaciones, peligros y frente a esa tremenda incógnita que era el Nuevo Mundo. Algunas llegaron en la expedición de Mendoza, a pesar de la expresa prohibición del Rey. Osaban afrontar todas las consecuencias antes que abandonar a sus hombres. Se embarcaban vestidas de varón y armadas. Una de ellas fué Isabel de Guevara, que en una carta a la princesa doña Juana cuenta las miserias y hambres sufridas. Y dice así en algunos párrafos: "Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaron a las pobres mugeres, así en lavarles las ropas como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, haser sentinela, rondar los fuegos, armar las vallestas, quando alguna vez los yndios les venían a dar guerra...; dar arma por el campo a bozes, sargeanteando y poniendo en orden los soldados; porque en este tiempo, como las mugeres nos sustentamos con poca comida, no havíamos caydo en tanta flaqueza como los hombres". Más adelante describe cómo remontaron el río en dos bergantines ya entrado el invierno los pocos que quedaban vivos. Y cómo las mujeres traían la leña a cuestras y los animaban con palabras varoniles a no dejarse morir. Y luego: "Todos los servicios del navío los tomavan hellas tan a pecho, que se tenía por afrentada la que menos hazía que otra, sirviendo de marear la vela, y gobernar el navío, y sondar de proa, y tomar el remo al soldado que no podía bogar... Verdad es que a estas cosas hellas no eran apremiadas, ni las hazían de obligación, ni las obligaba si, solamente, la caridad".

En esa misma época la mujer española vive recogida, en vida reglamentada, dentro de las paredes de sus casas y en ciudades amuralladas, como Avila o Toledo, doblemente seguras, protegidas, sin azares ni sorpresas, sin sospechar siquiera la tremenda aventura de nuestras antepasadas. El paisaje es civilizado, la tierra cultivada, las casas sólidas y alhajadas, y entre medio de todo eso la disparada solemnidad de piedra de las catedrales como emblema de unión de la tierra con el cielo. En cambio, el paisaje que ve la mujer americana es el secreto de la selva o el más allá hecho tierra de la pampa inmensa. Su existencia es una continua alerta, una lucha diaria contra la Naturaleza, una constante invención de nuevas formas de vida, una renovada improvisación. Y allí, en esa casi nada, van siendo madres de los primeros criollos.

GENEALOGÍA DE LA CRIOLLA.—Para entender a la hispanoamericana actual se debe recordar que en su perfil presente hay rasgos de tres tipos de mujer que coexisten: la aborigen remota, la colonizadora y la emigrante. La aborigen ha llegado a la mujer actual no tanto por la herencia y la sangre, sino por el incuestionable hecho de ser nativa de la misma tierra. Estas tres influencias se revelan en todo el mecanismo vital de la criolla. Son rasgos diversos, a veces opuestos, contradictorios, que se unen como brazos de diferentes ríos para formar el sér complejo, dueño de grandes resortes, manso al mismo tiempo que impetuoso, fatalista y emprendedor, altivo y humilde, capaz de grandes abnegaciones y de tremendos gestos de orgullo.

De la aborigen queda un fondo de mansedumbre, una psicología sin complicación, directa; un alma transparente sin retorcimientos, una paz y mollicie que se comunica en su trato y que es descanso para el hombre. Es la mujer que está junto al hombre, no enfrente.

De la colonizadora, el arranque y la energía; su sentido misional, que no solamente la hispanoamericana de hoy no ha perdido, sino que está en pleno rebrote; el saber defenderse en la lucha por la vida—no hace aún muchos años en las des pobladas regiones del sur, en las selvas o en las montañas, peleaba codo a codo con el hombre, defendiendo a tiros contra el indio el terreno ganado y la casa edificada a fuerza de energía, voluntad y espíritu de laborioso tesón—. Sin olvidar la fe religiosa, que es raíz en la mujer de Hispanoamérica.

De la emigrante, su sentido práctico, su facilidad de resolver los problemas, capacidad de adaptación, vocación de trabajo, gusto por el hogar y amor a la familia, lo que hace que en casi todos los países americanos se tengan numerosos hijos. La emigrante es una auténtica pobladora.

LAS AMERICANAS ACTUALES SON ASÍ, APROXIMADAMENTE.—La vida de la mujer americana se desenvuelve en dos marcos totalmente distintos: grandes ciudades y enormes extensiones de espacio, es decir, vida activa y soledad. Pero estas formas antagónicas no crean diferencias radicales en el estilo vital de la mujer. Donde se encuentre surge el hogar. Es decir, el sitio de reposo y descanso para el hombre y para los hijos del hombre. No escatima esfuerzo en dotar su casa de todas las comodidades que el maquinismo moderno pone a su alcance. El eje de su vida es la casa, no solamente para proporcionar

a los que quiere el máximo *confort*, sino para sí misma. Tal vez sean ansias de la emigrante, que ha encontrado al fin punto de apoyo, continuidad. El hogar no es cárcel, sino seguro refugio. Es una dueña de casa activa, no como en algunos países europeos, que son privilegiadas inquilinas de un hogar que funciona gracias al servicio doméstico. Quizá sea esto un rasgo muy antiguo y muy moderno de la mujer hispanoamericana. Una mezcla del recuerdo de tiempos ya pretéritos en los que tuvieron que improvisar el hogar en medio de una tierra desierta, con la actual tendencia a la desaparición de las personas de servicio.

La americana de hoy guarda entero aquel tremendo caudal de energía de las primeras mujeres que poblaron nuestra tierra. Su fuerza vital, que las hacía capaces de afrontar las peores experiencias, perdura aún intacta, derivada a las diversas actividades al alcance de la mujer moderna. Sin haber flanqueado casi todas las barreras, como las mujeres de la América no latina, ha comprendido el papel importante que representa su incorporación a la vida pública, no solamente como un factor de ayuda al hogar, sino como un aporte de nueva vitalidad a las corrientes de las actividades de los hombres. Pero aun así el hogar sigue siendo el centro de su vida. Cuando sale de él para trabajar, ya sea en una oficina, fábrica u hospital, su tarea es una prolongación de la casa y pone en ella el mismo entusiasmo y dinamismo.

NO HAY FEMINISMO EN AMÉRICA.—Teniendo reconocidos por la ley un repertorio de derechos que le conceden una capacidad autónoma, la mujer hispanoamericana no suele necesitar, ni abusa cuando lo necesita, del empleo de ellos. En su relación con el hombre no hay lucha ni rivalidad, más bien una tranquila camaradería, un afán nuevo por conquistar posiciones, que inmediatamente abandona, sin titubeos, cuando se plantea el problema matrimonial. El hombre americano tolera poco el trabajo de la mujer cuando se trata de la propia. En la mujer hay una actitud previa de decidida adaptación y aceptación; por eso el trabajo para ella es siempre un medio, un camino, no un fin ni un punto de llegada.

La hispanoamericana es mujer con naturalidad, sabiendo lo que la feminidad tiene de ser incompleto, que se totaliza con el hombre. Por lo tanto, en América no puede hablarse en serio de la existencia de un movimiento feminista. La criolla es esencialmente femenina. Ortega y Gasset escribe de ella: "Dante decía de Beatriz que era 'del donesco la cima'—la cima de lo femenino, pues eso es la criolla". En otra parte agrega que es el "mariscal de campo de la feminidad".

A cualquier tarea que la mujer de América dedique su actividad no dejará nunca, ni por un instante, su naturaleza integralmente femenina. Ni sus actitudes, ni sus vestimentas, ni sus palabras pierden ni por un momento su femenina calidad. Es esencialmente honesta, pulcra y recogida, y tiene un limpio lenguaje de intimidad.

Su influencia no es tan visible como en los Estados Unidos e Inglaterra, países en los que las mujeres luchan como un sexo irredento por acusar su propia personalidad. La irradiación de la mujer hispanoamericana hay que encontrarla más que en ella en el hombre a quien ayuda y complementa, en un estilo general de la vida (pequeñas costumbres, delicadezas introducidas por su influencia en la manera de ser de los hombres) y de una forma específica en la vida pública de éste.

DE LA CASA AL PAÍS.—América, como Europa, ha sufrido ese proceso irremediable de los últimos veinte años que se puede llamar socialización del hombre. Allí, como aquí, la gente se ha visto obligada a salir de su propia vida privada para encontrarse como miembro de lo social. Las mujeres, al igual que los hombres, han tenido que aceptar la existencia del Estado moderno con todos sus servicios públicos y compleja organización burocrática, e incluso formar en sus equipos técnicos. De la casa la mujer hispanoamericana salió para encontrarse en la calle, en la sociedad. Hoy, en Montevideo, Santiago, Lima, Méjico, La Habana o Buenos Aires, se ve a la mujer apresurada tomando ómnibus, subterráneos o tranvías a las horas de entrada y salida del trabajo. La nación, el país propio, no es así ya para la mujer algo desconocido o remoto. Todas ellas conocen las necesidades sociales, las conveniencias nacionales, y tienen formados sus propios puntos de vista, su actitud. La hispanoamericana, si no en todos, en muchos casos hace que su jornada diaria se divida entre la casa propia y la oficina pública o las grandes tiendas, por las que desfilan la gente más diversa. La misma persona que cuida con esmero todos los detalles de la casa en los que encierra la vida familiar, es luego la que trabaja en asuntos de carácter público (empleadas técnicas, dactilógrafas) o despacha en comercios o tiendas a ese sér misterioso que es el público general.

LA HISPANOAMERICANA Y SUS COSAS TRIVIALES Y SERIAS.—La hispanoamericana, como todas las mujeres de cualquier parte del mundo, tiene sus predilecciones, sus gustos, sus debilidades. Por lo general es de gran sensibilidad y muy aficionada a aquellas revistas que publican cuentos sentimentales con temas complicados de romances de amor que siempre tienen un final feliz.

La criolla es vivaz, de respuesta pronta; adora salir y teme a la soledad. Tiene espíritu gregario, y si no pasa el día con los compañeros de labor en la oficina, busca la que no trabaja el reunirse con parientes o amigas en tardes de largas y reposadas conversaciones. Como la conversación—ese maravilloso don de emitir palabras con sentido—está desapareciendo lentamente de los labios humanos, las mujeres se dedican a jugar a la "cainasta", nuevo invento para huir de la soledad. La hora de la siesta es un sagrado rito provinciano; allí, las mujeres jóvenes se reúnen, y mientras se recuestan para descansar y protegerse del calor, cambian confidencias y hacen proyectos. En medio de todo este aspecto alegre y frívolo, la mujer hispanoamericana es capaz de grandes abnegaciones; la hemos visto actuar en tremendas catástrofes con serenidad y espíritu de sacrificio. Cuando los terremotos de Chillan y Concepción, en Chile; el de San Juan, en la Argentina; en Perú; en fin, en todas las conmociones que desgraciadamente son frecuentes en nuestro suelo, las mujeres hispanoamericanas supieron transfigurarse de simples habitantes de la vida normal en heroínas. Y no se tome como exageración esto. En la dura angustia de

esos instantes, con el pánico casi físico en el ambiente y el pavor que da el que la solidez de la tierra se abra en pequeños abismos (eso que han visto todos los públicos del mundo en tantas películas y en la archiconocida *San Francisco*), la mujer hispanoamericana sabe estar al lado del hombre. Leen los diarios de las naciones hispanoamericanas cuando relatan con lujo de detalles alguna de esas catástrofes, es la mejor manera de saber la seria abnegación que las mismas mujeres que compran medias nylon, engullen helados y pierden las horas en oír superficiales falsedades por la radio, guardan en su fondo.

HISPANOAMERICANAS QUE ALCANZARON UN NOMBRE.—Hispanoamérica ha dado mujeres notables, que se han destacado y se destacan en actividades diversas. Los salones, durante la colonia y la emancipación, representaron un papel importante, ya que se conspiraba bajo el signo de lo elegante. Tuvieron enorme influencia en la cultura de esa sociedad aun incipiente. Resulta conmovedor para nosotros leer la correspondencia de todos aquellos seres que uno se imagina encerrados en un grabado de Pellegrini, con su encanto romántico. En sus cartas, al lado de esas frases que encierran lo convencional de una época, hay una aspiración constante, que sin querer se nos representa muy noble y un poco ridícula, de hacer y crear "el aire de Europa". En Buenos Aires, el salón que D.^a Mariquita Sánchez de Thompson mantuvo con la delicada energía que las damas derrochan en estas empresas, es buen ejemplo de esto. Allí los poetas recitaban sus obras, y por primera vez se escuchó el himno de la que luego fué Nación Argentina. Estas señoras, todavía en una deliciosa confusión de vida de sociedad y pequeñas intrigas, hicieron el primer ensayo de lo que hoy en nuestros países es caso frecuente: la mujer cultivada e inteligente.

Luego había de estrenar la mujer de Hispanoamérica vocaciones diversas. En la Argentina se gradúa la primera mujer médico a fines del siglo pasado. Tiene un interesante nombre: Cecilia Grierson. En Londres conoce a Florencia Nightingale, y bajo su inspiración funda la primera escuela de enfermeras de Buenos Aires. Otra valiente es la uruguayana Luisa Luisi. En otras actividades citaremos el caso único y extraordinario de Eva Perón. Escritoras ha habido desde el siglo XVII, con la singular figura de la monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz. Otra monja, ésta colombiana, Francisca Josefa Castillo y Guevara, hace posteriormente también poesía. Esto es un poco como el precedente histórico de las escritoras hispanoamericanas que habían de existir después. Figura señera es

Gabriela Mistral, con su Premio Nóbel y sus libros, en los que la tierra americana habla con majestuosa simplicidad. Ella ha conseguido para las mujeres de América el premio máximo de la literatura mundial. Juana de Ibarburu, poetisa y uruguayana, es una de las escritoras que ha logrado mayor popularidad. Ha conseguido crear una atmósfera dulce, sensualmente cálida y mansa, que expresa bien el fondo de amor de la hispanoamericana. "Juana de América", como se la llama, ha sabido ser voz fiel de nuestras mujeres. Delmira Agustini, seguimos con las poetisas y uruguayanas, es quizá el ejemplo más atrozmente bello y desgarrado de la poesía femenina americana. La argentina Alfonsina Storni no cede en calidad a las anteriores. Más que el alma, expresa el espíritu de las hispanoamericanas. Poesía inteligente de mujer que no solamente siente, sino que piensa. Margarita Abella Caprile es admirable cultivadora de una poesía en tono menor, en la que aletea constantemente la más femenina delicadeza. Toda la literatura de Hispanoamérica da nombres interesantes. Son algunos de éstos: Rosa Arciniega, Silvina Bullrich, Helena Muñoz Larreta, Josefina Cruz, Rosa Bombal, María Eugenia Vaz Ferreyra, Norah Lange, Delfina Bunge de Gálvez. Figura aparte es la de la ensayista argentina Victoria Ocampo.

Si América ha producido creadoras de arte tan importantes como esas de las que hemos hablado anteriormente, también ha dado algunas excepcionales intérpretes. Figura máxima, en la que puede centrarse el arte de la interpretación dramática, es Lola Membrives. Pocas artistas habrán conseguido la soberana sencillez y la vigorosa y dúctil naturalidad de esta gran artista argentina. En una galería de creaciones dramáticas contemporáneas, Lola Membrives ocuparía el primer lugar en el mundo de habla hispánica. En cinematógrafo, Méjico ha dado una figura mundial: Dolores del Río. Una cara, también universal por su belleza, es de otra mejicana: María Félix.

América también da a España su bailarina máxima: Antonia Mercé, *la Argentina*, igualada y única, la que vuelve el baile español a su majestuoso y violento origen, logrando el milagro de que lo ibérico sea el último modo de lo nuevo en todos los escenarios del mundo. También fué de Hispanoamérica otra bailarina que había de ser su continuadora en la danza española: Encarnación López, *la Argentinita*.

Y con el recuerdo, inestable e ilusoriamente vivo, de esas dos mujeres, que supieron crear con sus pies americanos los ritos de la danza de España, termina esta imagen de la mujer hispanoamericana.

